

The background is a dark brown, textured surface. On the left side, there is a vertical stem with several large, elongated, teal-colored leaves that fan out across the cover. The leaves have a slightly glossy appearance and are arranged in a way that suggests a branch of a plant.

YUKIO  
MISHIMA

LECCIONES

ESPIRITUALES

*para* LOS JÓVENES

SAMURÁIS



palmyra

Este libro es una pequeña joya del escritor japonés más famoso, Yukio Mishima. Contiene cinco textos inéditos esenciales para entender la vida y el pensamiento del autor, en los que la belleza, la muerte y el erotismo envuelven el secular código nipón del honor. Entre ellos cabe destacar:

*Lecciones espirituales para los jóvenes samuráis*, el más extenso, es un ensayo en el que se subraya la necesidad de ciertos valores para construir una ética valiente y comprender cuestiones clave del mundo en que vivimos, como el valor de la lealtad, el coraje, la educación y el respeto a los demás, el cuidado del cuerpo, el buen uso del placer o el pudor.

*La Sociedad de los Escudos* es un manifiesto que explica el origen e ideario del Tate No Kai, una asociación de jóvenes universitarios samuráis al servicio del emperador, creada por el propio Mishima, cuyo objetivo era recuperar «la llama perdida del espíritu de los guerreros».

O la *Proclama del 25 de noviembre*, el testamento que legó a la humanidad aquella luminosa mañana de noviembre en que se quitó la vida por el ritual *seppuku*.

Un valioso testimonio para descubrir el complejo e inmortal código samurái.

YUKIO  
MISHIMA

LECCIONES ESPIRITUALES  
PARA LOS JÓVENES SAMURÁIS

Traducción  
Martin Raskin Gutman

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original: *Wakaki samurai no tame no seishin kowa*

© Herederos de Yukio Mishima, 1968-1969

© De la traducción, Martin Raskin Gutman, 2001

© Del Prólogo: Clara Sánchez, 2001

© De la introducción: Isidro-Juan Palacios

© La Esfera de los Libros, S.L., 2001, 2006

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Pág. web: [www.palmyralibros.com](http://www.palmyralibros.com)

Diseño de cubierta: Rudesindo de la Fuente

Ilustración de cubierta: Getty Images

ISBN: 84-935003-6-4

Depósito legal: M-16.270-2006

Fotocomposición: Star-Color

Impresión: Anzos

Encuadernación: Méndez

Impreso en España

## ÍNDICE

Prólogo de Clara Sánchez . . . . .	9
Introducción de Isidro-Juan Palacios . . . . .	19
LECCIONES ESPIRITUALES	
PARA LOS JÓVENES SAMURÁIS . . . . .	65
La vida . . . . .	67
Sobre el arte . . . . .	71
La política . . . . .	76
Los valientes . . . . .	81
La etiqueta . . . . .	88
Sobre el cuerpo . . . . .	93
Sobre el mantenimiento de la palabra dada . . . . .	100
Sobre el placer . . . . .	106
Sobre el pudor . . . . .	111
La urbanidad . . . . .	118
La vestimenta . . . . .	123
El respeto por los ancianos. . . . .	129
Los intelectuales afeminados . . . . .	135
El esfuerzo. . . . .	141

LA SOCIEDAD DE LOS ESCUDOS . . . . .	147
INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA ACCIÓN . . .	161
Qué es la acción . . . . .	164
La acción militar . . . . .	170
Psicología de la acción . . . . .	175
Los modelos de la acción . . . . .	180
El efecto de la acción . . . . .	185
La acción y la espera del momento propicio . . . .	193
Proyectar la acción . . . . .	198
La belleza de la acción . . . . .	202
La acción y el grupo. . . . .	208
La acción y la ley . . . . .	214
La acción y la distancia . . . . .	221
La conclusión de la acción . . . . .	227
MIS ÚLTIMOS VEINTICINCO AÑOS . . . . .	235
PROCLAMA DEL 25 DE NOVIEMBRE . . . . .	243

## PRÓLOGO

Puede que no exista en el mundo álbum de fotos menos aburrido que el de Yukio Mishima. Es como si el desarrollo de su personalidad, desde aquellos primeros retratos infantiles junto a su madre o a su abuela Natsu, hubiera sido fijado en imágenes. El serio joven Mishima con aspecto de chico aplicado el día de su graduación. O posando con su padre, un señor con gafas muy occidentalizado (sólo aparentemente, a tenor de lo que cuenta sobre él en las páginas que siguen). O con toda su familia, una familia de nivel social alto. A partir de aquí ya empezamos a verle en una sala de musculación. Y algo después, exhibiendo el nuevo cuerpo con un taparrabos mínimo sobre la nieve. En plan san Sebastián con flechas en los costados. Con el torso descubierto y brillante, una espada en la mano y una cinta en la frente. Desnudo y con una rosa en la boca. Pero también nos lo encontramos el día de su boda con Yoko Sugiyama (con quien iba a tener tres hijos). Jugando cariñosamente con estos niños. Sentado ante una fachada, la de su casa, que no recuerda en

absoluto la arquitectura japonesa. Vestido de riguroso y elegante traje oscuro. Trabajando en el estudio. Y ¡cómo no!, envuelto en el risible uniforme de la Sociedad de los Escudos, su ejército privado. Entre foto y foto viajó mucho y escribió páginas literarias, que constituyen la delicada «estética Mishima». Son sus libros, precisamente, los que revisten de interés su biografía. Sin ellos, las fuertes contradicciones y el narcisismo que marcaron su vida, e incluso su aparatosa y ridícula muerte, no serían nada más que acciones de un excéntrico comprometido absurdamente con el suicidio.

Parecía vivir una lucha constante entre lo que era: un hombre moderno, conquistado por el mundo occidental (echemos otra ojeada a su casa), y el que hubiera deseado ser: un samurái o un guerrero del emperador. Por eso se declara a favor de la emancipación de las mujeres al mismo tiempo que le agradecería que ellas mismas fuesen guardianas de la tradición. Por eso reivindica la acción frente al ensimismamiento del escritor y confiesa que «para un autor acumular escritos equivale a acumular excrementos. La literatura no me ha ayudado en absoluto a ser más sabio. Y ni siquiera a transformarme en un maravilloso idiota» (pág. 238). Y sin embargo, por encima de todo fue escritor, nunca pudo dejar de serlo, formaba parte de su naturaleza y era consciente de ello: «Sé que debo mantener un

equilibrio constante entre mi actividad en la Sociedad de los Escudos y la calidad de mi trabajo literario. Si este equilibrio se quebrara, la Sociedad de los Escudos degeneraría hasta convertirse en la distracción de un artista, o bien yo terminaría por transformarme en un político» (pág. 151). Lo cierto es que nadie (tal vez ni siquiera él mismo) llegó a tomarse en serio este ejército de «soldaditos de plomo», que debían de pasearse como modelos mostrando los uniformes de invierno, de verano, las botas, al gusto efectista de Mishima. Cómo tuvo que divertirse vistiendo a sus chicos con un uniforme de combate que, según cuenta: «Es extraordinariamente vistoso y fue diseñado por Tsukumo Igarashi, el único estilista japonés que creó uniformes para De Gaulle» (pág. 149).

De todos modos, si estas palabras se leen con una sonrisa, las siguientes la borran: «Cuando pienso en mis últimos veinticinco años me maravillo de cuán vacíos han sido. No puedo decir que realmente he “vivido”. Sólo los atravesé tapándome la nariz» (pág. 237). O: «No amo mucho la vida» (pág. 240). En general, es agotadora la sensación que transmite de estar esforzándose por hacerse forma a través de su literatura y de la transformación de su propio cuerpo: «Mi proyecto era conceder el mismo valor a mi cuerpo y a mi espíritu y ofrecer una demostración práctica de ello» (pág. 239).

Lo cierto es que tal exigencia de demostración práctica le llevó a crear un espectáculo tragicómico, en que la parte trágica ganó la partida. Pero detrás dejaba su forma literaria, aquella que había empezado para él antes que la experiencia de vivir.

A los dieciséis años. A esta temprana edad publica —entre la admiración de los compañeros y profesores de la Escuela de Nobles— *Un bosque en flor*, donde ya nos presenta fundidos sus temas obsesivos de erotismo, belleza y muerte, algo que a otros escritores les cuesta un buen recorrido llegar a descubrir. Se puede decir que empezó pronto y terminó pronto, a los cuarenta y cinco años, con un balance de cuarenta novelas, veinte libros de cuentos, poesía y teatro. Los biógrafos pronto se interesaron por su figura. Yo he recurrido a dos que le trataron profundamente y que han escrito magníficos libros sobre él, son: John Nathan (Seix Barral) y Henry Scott Stokes (Muchnik Editores).

En esta primera publicación ya adopta el seudónimo de Yukio Mishima. Y es con la elección de un nombre tras el que ocultar el verdadero de Kimitake Hiraoka como quizá da el primer paso hacia un proceso de construcción de todos los aspectos de su vida: su extensa producción literaria, su cuerpo, su ejército, su familia, su *seppuku* (suicidio ritual japonés). Todo ello hecho como si buscara en el orden externo la organi-

zación y clarificación de su compleja imaginación. Sin embargo, Kimitake Hiraoka y Mishima discurrirán en la misma vida hasta esa síntesis del final, del último acto de voluntad, en que la personalidad anclada en el pasado remoto de su abuela Natsu y devota del emperador, de las tradiciones y de una heroicidad imposible, absorbe al hombre cosmopolita, aspirante al premio Nobel, buen relaciones públicas y profundo admirador de escritores europeos como R. Radiguet, J. Cocteau, O. Wilde y T. Mann. Y decidió que la imagen que nos quería legar fuese su cabeza decapitada, ceñida por una cinta con el símbolo rojo del sol naciente.

El presente volumen recoge la *Proclama del 25 de noviembre*, el texto que leyó unos momentos antes de su desastroso *seppuku*. En fin, el macabro disparate —que llevaba un año planeando— ocurrió en una oficina de la base militar de Ichigaya. Él siempre había sentido delirio por la muerte gloriosa de un hombre joven, idea contemplada en un código de ética samurái del siglo XVIII llamado Hagakure, y que dejó plasmada en sus novelas, cuentos y teatro de muchas maneras.

La cuestión es que Mishima quería dirigirse a las tropas y para ello secuestró a un general. Le permitieron hablar, pero ante el griterío de los soldados en seguida comprendió que había fracasado estrepitosamente. Así que tuvo que retirarse y volver dentro, don-

de esperaba atado a una silla el general, cuatro *tatenokai*, una sobrecogedora espada con empuñadura de nácar y diamantes y varios puñales. Mishima debía abrirse el estómago con una daga como en la película *Rito de amor y muerte*, en la que él mismo protagoniza un crudo *seppuku*, basada en su cuento *Patriotismo*. Pero ahora se trataba de la realidad, y la realidad es muy aparatosa y además se complicó extraordinariamente por la inexperta intervención de Morita, uno de los cuatro *tatenokai* y seguramente su amante, que, tras un buen haraquiri por parte de Mishima, no acertaba a cortarle la cabeza con la espada. Pero ya no había vuelta atrás. Así que tuvo que hacerse cargo de la operación otro *tatenokai*, el mismo que luego decapitó a Morita. El espectáculo era nauseabundo. El general no podía creerse lo que estaba viendo.

Con su violenta forma de morir (aunque Mishima la imaginase más gloriosa y no tan chapucera), pasa a engrosar la lista de los escritores nipones suicidas, de la que también forma parte su mentor y premio Nobel Yasunari Kawabata. Al fin y al cabo se trata de una práctica que se encuentra dentro de su cultura y tradición y que a Mishima llegó a obsesionarle. No la muerte natural, sino la violenta y heroica, la muerte como liberación. En *Confesiones de una máscara*, escrita a los veintitrés años, declara que cuando en su infancia

leía cuentos de hadas: «Me enamoraba por completo de cualquier joven que fuera muerto.»

Lo que nos conduce al pequeño Kimitake Hiraoka (1925), el que leía cuentos de hadas, aquél de quien habría de surgir el escritor: «Para el que escribe, no sólo la adolescencia sino también la infancia suponen una preciada ciudad natal. Durante esos períodos, la vida no es experiencia sino sueño, no es raciocinio sino sensibilidad» (pág. 70).

De aquel conocimiento del mundo que se inicia en el interior en penumbra de la alcoba de su abuela Natsu nace su pasión por el emperador y los samuráis. Ella, siempre sumida en el dolor, la enfermedad y la nostalgia del lejano mundo aristocrático del que provenía, fascinó al pequeño Kimitake, encerrado entre aquellas cuatro paredes, con el teatro kabuki y los cuentos de misterio del siglo XIX. Allí aprendió a escapar mediante fantasías de gloria, heroísmo y violencia de fantásticos guerreros, y quizá entonces descubrió el infinito poder de imaginar mundos e imaginarse en ellos.

En realidad, Mishima empezó a ver ese «mundo viril», al que tan a menudo se refiere, a través de los ojos de una mujer, y accedió al mundo de la literatura gracias a las influencias y al apoyo de otra, su madre. Gracias a ella alcanzó en parte un éxito que tuvo su gran apogeo en la década de los cincuenta, en que

publica *Confesiones de una máscara* (1949), *Sed de amor* (1950), *Colores prohibidos* (1951 y 1953), *Muerte en el estío* (1953), *El rumor de las olas* (1954), *Seis piezas no* (1956), *El pabellón de oro* (1956), *Los siete puentes* (1958) y muchísimo más. Hay que tener en cuenta que mientras creaba literatura seria también escribía la destinada a revistas femeninas.

En la década siguiente, *La casa de Kyoko* no tiene el éxito esperado, las ventas son bajas y además le rodea un comportamiento escandaloso, que no le favorece: sus posiciones ultranacionalistas —cuya postura queda reflejada en el ya mencionado relato *Patriotismo*—, el posado para el álbum fotográfico *Torturado por las rosas*, al que pertenece la fotografía de la rosa en la boca a que me referí al principio. Y tuvo que responder ante los tribunales por difamación. Aun así publicó, entre otras novelas, *El marino que perdió la gracia del mar* (1963), *El sol y el acero* (1968) y la tetralogía, iniciada en 1965 y concluida el año de su muerte (1970), *El mar de la fertilidad*. En 1968 podría haber sido premio Nobel, pero lo obtuvo Y. Kawabata que, siguiendo los pasos de Mishima, se suicidó en 1972. Fue entonces cuando creó su Sociedad de los Escudos (Tate No Kai) con cien hombres, bandera y uniformes. Fanatismo, locura o la aterradora sensación de no pertenecer a ningún sitio.

Los escritos reunidos en el presente libro los redactó en el transcurso de los años 1968, 1969 y 1970. El último del libro también es el último de su vida. Están cargados de expresividad, de energía. Se dirige a los jóvenes samuráis, a todos nosotros, de un modo que revela que quiere hacerse comprender, que quiere entenderse a sí mismo. Declara con fascinante sinceridad que casi ha acabado siendo como aquellos estudiantes militaristas que, en su juventud, le atacaban a él y a sus compañeros diciendo que era vergonzoso que en su escuela «existieran algunos literatos afeminados de tez pálida».

Escribe Nabokov en una de sus novelas que el mundo es un perro que pide que jueguen con él. Y Mishima vivió como si jugara, hasta las últimas consecuencias, hasta perder la camisa o la cabeza, como fue el caso. Sólo pareció tomarse en serio la literatura. Me lo confirma una anécdota que cuenta en la página 152 de este libro: «En mayo de este año fui invitado a una reunión de estudiantes de la izquierda más radical, con los que me enzarcé en un emocionante debate. Cuando transcribí tal encuentro en un libro, la edición se convirtió en un *best-seller*. Decidí, de acuerdo con los estudiantes, repartir a partes iguales los derechos de autor. Probablemente con ese dinero habrán comprado cascos y fabricado cócteles molotov; yo, por mi parte, com-

pré los uniformes estivales para la Sociedad de los Escudos.»

Asomarse a estas páginas es asomarse a Mishima, un gran escritor, que nos ha legado la cara y la cruz de un espíritu que zozobró peligrosamente en la marea que nos lleva.

Clara Sánchez

Aquella soleada mañana del 25 de noviembre de 1970, apareció en el centro de todos los telediarios el escritor Yukio Mishima. La noticia no era su literatura, sino un gesto protagonizado por él que verdaderamente conmocionaría al mundo. Se le veía en la imagen vistiendo un extraño uniforme con doble botonadura y el *hashimaki* en la frente: la banda blanca con leyendas que se colocaban los viejos guerreros japoneses antes de entrar en combate o, más recientemente, los pilotos kamikazes antes de volar hacia la muerte. El suyo tenía un sol rojo y, a simple vista, algo imperceptible escrito en su idioma.

Mishima pronunciaba un discurso, de pie sobre el parapeto de una terraza alta. Parecía una arenga, pero sus palabras apenas se oían debido al ensordecedor ruido de los helicópteros sobrevolando la zona y las sirenas de los coches de policía y ambulancias que iban y venían. Los congregados allí, en el exterior, tampoco le escuchaban, y algunos se lo tomaban a broma o le insultaban, pensando que se trataba de otra de esas bra-

vatas o llamadas de atención en las que últimamente venía prodigándose. El informador del telediario añadió entonces: «Ante la imposibilidad de hacerse oír, el escritor guardó silencio y, desplegando una última mirada, dio media vuelta y entró de nuevo en el edificio. En el despacho, delante del retenido general Kanetoshi Masuda y de algunos miembros jóvenes de la Sociedad de los Escudos (Tate No Kai) fundada por el propio Mishima, se hizo el haraquiri<sup>1</sup> en compañía de otro de los suyos, que también murió.» Fue, en efecto, el acontecimiento mundial de aquel 25 de noviembre de 1970. No se hablaba de otra cosa. En Japón, desde luego, pero igualmente en Europa y América.

Entre nosotros, en efecto, la noticia no fue la literatura de Yukio Mishima. La mayoría, incluso la gente letrada, ni siquiera había oído hablar de él, y casi nadie lo había leído. Las traducciones de sus obras eran escasas en Occidente, y en España apenas existían. Qué duda cabe, la información de la jornada fue —una vez más— la espada japonesa. Y todo sucedería conforme Mishima lo había planeado. Sabía que su actitud llamaría más la atención si el destello frío y azulado de un

<sup>1</sup> Cuando se habla de suicidio ritual de acuerdo a las normas establecidas por el código de honor samurái, nos estamos refiriendo a un verdadero acto litúrgico, por eso es mejor decir *seppuku*, *kappuku* o *ku-sumgo-bu*.

acero bien templado brillaba en el centro de la escena. Como en aquella ocasión en que, tiempo atrás, conversaba con una elegante dama de la nobleza inglesa sobre las espadas japonesas. Mishima cuenta la anécdota en este libro. Intrigada, le preguntó: «¿Cómo se combate con esta arma?» Mishima —a la sazón maestro de kendo— le hizo una demostración al instante. Desenvainó y, con rapidez, rasgó el aire imitando un golpe oblicuo. La dama se estremeció. Escribe Mishima: «La señora palideció y estuvo a punto de desmayarse. Entonces comprendí que lo que impresiona a los occidentales no es nuestra literatura sino nuestras espadas.»

Esa es la razón. No nos sorprendía, ni siquiera sabíamos que el hombre que teníamos delante había escrito más de un centenar de libros<sup>2</sup>, que había sido poeta, autor teatral, director de escena y actor, que había dominado como pocos el estilo arcaico japonés de los siglos X y XII, que escribía en el barroco modo del

<sup>2</sup> En Occidente, la bibliografía más completa que se conoce es la publicada por su amigo Henry Scott Stokes, en su *Vida y muerte de Yukio Mishima*, Muchnik Editores, Barcelona, 1985. Scott proporciona la cronología de 102 títulos del escritor y la de sus obras completas (36 volúmenes). Juan Antonio Vallejo-Nágera, por su lado, proporciona una fotografía en su libro *Mishima o el placer de morir*, Planeta, Barcelona, 1991. En el pie dice: «Obras publicadas hasta noviembre de 1970. Doscientos cuarenta y cuatro volúmenes.»

kabuki o que era un experto en actualizar el distante y hermético teatro no, que el popular drama de mario-netas no tenía para él secretos, que intercalaba con pericia los diferentes estilos literarios modernos en varios niveles, y que Yasunari Kawabata —el primer premio Nobel de la literatura japonesa— dijo de él: «Un genio como el suyo únicamente lo produce la humanidad cada doscientos o trescientos años»... Nada de eso nos impresionaba de Mishima aquel 25 de noviembre de 1970. Lo que nos hizo enmudecer fue su acción. Tal como quiso. En semejante hecho, también Yukio Mishima había logrado su propósito. Porque —y sin haber dejado nunca las letras y el arte— ante todo había querido ser un hombre de acción: vivir y morir como el samurái que encarnó. Con este ademán, por tanto, se dio a conocer al orbe entero. «Dividí mi vida en cuatro ríos —explicó—: El río de los libros, el río del teatro, el río del cuerpo y el río de la acción, y esos cuatro ríos desembocan en el mar de la fertilidad.»

El *mar de la fertilidad* era una expresión clave y decisiva en la vida y obra de Mishima. No sólo porque con ella aunó el título de su preciada tetralogía (*Nieve de primavera* —una de las mejores novelas de la literatura universal—, *Caballos desbocados*, *El templo del alba* y *La corrupción de un ángel* —cuyo último capítulo entregó a

su editor la mañana del 25 de noviembre de 1970, cuando se encaminaba hacia el «incidente» en su coche blanco—, sino porque el *mar de la fertilidad* era para él la muerte que, sin embargo, tenía un auténtico significado vital. Lo había tomado de la antigua selenografía de los astrónomos Kepler y Tycho Brahe. Paradójicamente, el Mar de la Fertilidad es una zona desértica, sin vida, sin agua, sin aire... en la Luna, pero como lo es también el Sol o cualquier otra región del cielo, a medida que remontamos las nubes y nos alejamos de aquí. La Tierra está circundada por la muerte (*El sol y el acero*)<sup>3</sup>, y a medida que «ascendemos» (en todos los sentidos) nos encontramos con ella.

Al escribir caía en la cuenta de que las palabras desgajadas y solas corroen y desunen. Es cierto que ponen orden en el caos a fuerza de golpear contra su misterio, pero para domesticarlo y dominarlo por el mero hecho de satisfacer la voluntad de poder. Ligadas al instinto de sobrevivencia, manifiestan un desmedido deseo de vivir —que es lo contrario de lo que la vida

---

<sup>3</sup> Las citas que hacemos de esta obra en el texto las extraemos de nuestras fichas, obtenidas de la edición italiana (Ciarrapico Editore, Milán, 1982). De *El sol y el acero* (*Taiyo to tetsu*, 1968), existe una reciente versión castellana publicada en la colección dirigida por Fernando Savater en Círculo de Lectores, Madrid, 2000.

enseña—... ¡Ah, las palabras! Veía Mishima cómo en sí mismo le decepcionaban, cómo eran gérmenes lentos de una enfermedad hacia la disipación, cómo le horadaban por dentro hasta el derrumbe que provocan las termitas. Advertía que le hacía falta algo más que lo recondujera todo por el camino debido. Y en su inquietud descubre la acción. Ella le enseña, le transfigura, le cambia.

Decisiva, así es, pero no sólo porque la acción le proporcionaba el sentido a su obra, sino porque en Mishima la acción recobraba su significado último, el significado trágico y limpio de ropajes que ésta tiene: el verdadero. Para mí, dirá: «La esencia de la acción era la muerte.» Y añadió: «Si las palabras se han corrompido es necesario ser fiel a la ética de los samuráis, actuar en silencio.» Morir. Pues... «morir joven es la cultura de mi país».

¿Es o había sido? Mishima, desde luego, notaba la diferencia. En el Japón moderno, que había nacido de la posguerra, el presente de indicativo del verbo «ser» se había trocado ya en pasado y comenzaba a olvidarse. Mas para dejar testimonio de lo contrario hizo Yukio Mishima lo que hizo y murió como murió. Esta transformación del escritor en el círculo de su vida fue lo que ya hace años me inspiró estos *hai-kai*:

*Y cuando la sangre  
se tiñe  
del color de la tinta.*

*Y cuando la tinta  
se tiñe  
del color de la sangre.*

#### A LA SOMBRA DE LAS HOJAS (*HAGAKURE*)

Mishima reconoce en *Confesiones de una máscara*<sup>4</sup> —su primera novela autobiográfica—, «desde mi infancia siento en mí un impulso romántico hacia la muerte». ¿De dónde le venía esta inclinación que prematuramente confesaba?

En su árbol genealógico, el escritor y hombre de acción poseía dos ascendencias nítidas, dominantes, al menos en las que pareció verse mejor reflejado. Por vía paterna (Azusa Hiraoka), campesina la una y samurái la

---

<sup>4</sup> *Kamen no kokuhaku* (*Confesiones de una máscara*), escrito en 1948 y publicado en 1949. No es la primera novela de Mishima, pero sí su verdadero punto de partida, uno de los extremos del puente. Fundamental, en efecto, para entenderlo y contrastar la transmutación que experimentó su persona desde entonces hasta su muerte.

otra. Su abuelo Jotaro, que provenía de una familia de campesinos, se licencia en Derecho por la Universidad Imperial, llegando a primer gobernador no militar de la colonia japonesa de la isla de Sajalín. Con esos estudios, Jotaro contrae matrimonio, en 1893, con una despierta joven llamada Natsu Nagai, la futura abuela de Mishima, que tan importante huella educativa imprimirá en la niñez del escritor. Natsu pertenecía a un clan de renombrados samuráis, cuyo abuelo paterno había sido un *daimyo* (señor feudal), emparentado por casamiento con los Tokugawa.

La vena literaria, en cambio, la presentía Mishima por su lado materno (Shizue Hashi), casada con Azusa en 1924. Un año más tarde —el 14 de enero de 1925— nacerá el primogénito de este matrimonio, y a quien se le impone el nombre de Kimitake, «un nombre que —como señala John Nathan, uno de sus biógrafos— reflejaba las pretensiones aristocráticas de la familia»<sup>5</sup>. Shizue era hija de unos enseñantes de Confucio; en este ambiente culto, la madre de Mishima pronto se aficionaría a la literatura. Fue a ella a la que el joven Kimitake, desde que éste comenzó a escribir a los doce años, y luego ya con el sobrenombre de Yukio

<sup>5</sup> «Kimitake» quería decir «príncipe guerrero» (*El sol y el acero*).

Mishima (*Nieve sobre las Islas*), llevaba cada hoja de papel que escribía, primero —en sus años adolescentes— para someterse a su juicio, después —en la posguerra— antes de salir publicadas, y siempre para conocer su parecer.

Estas tendencias las reflejó en toda su literatura y en el resto de sus obras. Y, entre otras, anotó su síntesis y expresó el entramado de su urdimbre en el Catálogo Tobu de la Exposición de Tokio (del 12 al 19 de noviembre de 1970), poco antes del *seppuku*. «¡Cómo se parecen literatura y agricultura! —escribe—. Yo trabajo como un jornalero, pero permanezco fiel a la ética de los samuráis.» Y en *Nieve de primavera* enuncia la nobleza que él defiende, una nobleza de campo, que por sencilla y austera, sin afectaciones, se muestra siempre inmune a la decadencia que entra por el refinamiento, la vida cómoda y consumista, por el espíritu de los negocios y no por el de la donación o la entrega. El campesino ve morir y renacer a diario las semillas que se corrompen, y él mismo aprende también a morir en la vida al enraizarse y proyectarse en sus cultivos. El samurái tiene a la muerte por compañera; mientras que la literatura y el arte van dando fe y sólo muestran algo de lo que sucede por dentro.

Los genes, la sangre, la educación y también el alimento... Evidentemente era un samurái de los de

«pobreza noble», de los de alabanza de aldea y menosprecio de corte, mas, ¿estaba dispuesto de verdad a serlo, sobre todo después de haber sido su estamento solapado por el ejército de servicio militar obligatorio recién creado en las reformas acometidas por la restauración Meiji, en 1867, y definitivamente sentenciado tras el fracaso de la revuelta de Saigo Takamori y sus quince mil samuráis en 1877? ¿Contra la adversidad? Y en el caso de decidirse, de comprometerse a ello, ¿cómo lograrlo en plena modernidad sin anacronismos o fantochadas, absurdos o fanatismos? Y es más, ¿a qué precio? ¿iba a poder estar a la altura del costo que un samurái pagaba siempre por serlo? En suma: ¿estaría dispuesto a vivir su condición de ser actuándola con el ejemplo o simplemente a gustarla como una talentosa pieza literaria, a saborearla como una bonita interpretación artística? He aquí el dilema que se le planteaba: ser o aparentar. En una palabra: ¿quería ser un samurái o un intelectual?, ¿pretendía concebir la vida como sacrificio o como el que se divierte con juegos diletantes e irresponsables? En seguida iba a saber lo que suponía ser una u otra cosa. En esta opción, en esta encrucijada y en su desenlace aprendería Mishima a escribir, interpretar y consumir toda su tragedia. Tragedia al estilo japonés, por supuesto, aunque también al estilo griego, como el propio Mishima reconocerá más tarde.

Hemos hablado de genes y de sangre, hemos mencionado la impronta educacional de su abuela, pero no hemos hablado del ambiente en el que el joven Mishima se desenvuelve. Esos años son los de la exaltación imperial, los de la preguerra contra Estados Unidos y sus aliados, y los de la segunda guerra mundial. Reina por doquier en la sociedad japonesa un culto a lo heroico, a las viejas gestas, están de moda las artes marciales y los libros que hablan de samuráis o los escritos por ellos. Se les otorga a los oficiales del ejército de tierra, mar y aire el honor de portar la (eclipsada) espada japonesa (katana) en lugar del sable con que se la había sustituido. Eran momentos en los que los jóvenes leían con admirada fruición el texto que el miembro de la Academia Imperial, Inazo Nitobe, había escrito con el título *El Bushido* (El alma del Japón), sobre el espíritu y el código de conducta de los *bushi* o samuráis, los caballeros de la tierra del sol naciente. Y eran los años en que, por encima de las lecturas que circulaban, se leía y celebraba el *Hagakure*, de Josho Yamamoto.

Josho fue un samurái que vivió entre los siglos XVII y XVIII. Servía a Mitsushige Nabeshima, segundo señor del clan Nabeshima. Cuando Josho Yamamoto tenía cumplidos cuarenta y dos años sintió la necesidad de morir mediante *seppuku* para acompañar la muerte de su señor. Pero algo se lo impidió. Mitsushige Nabeshima,